

El Corpus Christi

Es una de las fiestas en que más se exhibe el júbilo del pueblo cristiano, y en la que más gubas manifiesta la liturgia católica. El pueblo español, con pintoresca frase, dice que es uno de los tres jueves «que relumbra más que el sol».

Y ante el Sol de la Eucaristía, que es el centro de todo el sistema del Cristianismo, el alma de su culto y el corazón que le da vida y fecundidad, resulta pálida y tibia esta comparación; por eso el gran Felipe II dijo en ocasión de querer un paje defenderle de los ardientes rayos de la estación cuando devoto asistía a la procesión del Corpus: «Hoy no calienta el sol.»

Nuestros reyes y nuestro pueblo iban a porfía en honrar a Jesús Sacramentado. Basta leer las hermosas descripciones de las fiestas antiguas del Corpus, y en ellas se ve que el pueblo español, con sus reyes al frente, se desbordaba en tales manifestaciones de entusiasmo y alegría, que realmente parecía volverse loco, cumpliendo así la ordenanza de los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, que mandaban se festejase este augusto misterio por el pueblo como «si se volviese loco».

Poco nos queda ya de aquella fe popular, y menos del concurso oficial a estas fiestas; pero todavía hay algo que conservar y todos podemos y debemos cooperar a ello. Primero, tomando parte personal en el homenaje que se rinde a la divina Majestad, cuando en procesión es llevado en la Eucaristía por nuestras calles, engalanando las casas y edificios por donde ha de pasar; manifestando con nuestra compostura y reverencia la viva fe que tenemos en este augusto misterio; formando en las filas de los adoradores y fomentando entre nuestras amistades el amor y entusiasmo por el Dios de la Eucaristía, que es, podemos decir una de las señales características de los buenos cristianos.

¿Cuál es la Prensa buena?

La prensa buena es la prensa íntegramente buena, es decir, la que defiende lo bueno en sus principios buenos y en sus aplicaciones buenas. La más opuesta a lo reconocidamente malo *opposita per diametrum*, como dice San Ignacio en el libro de oro de sus *Ejecicios*. La que está al lado opuesto de las fronteras del error, la que mira siempre frente al enemigo, no la que a ratos vivaquea con él, o no se opone más que a determinadas evoluciones suyas. La que es enemiga de lo malo en todo, ya que lo malo es malo todo, aún en aquello bueno que por casualidad pueda consigo traer alguna vez.

Y vamos a hacer una observación

para explicar esta nuestra última frase que a muchos parecerá atrevida.

Suelen a veces periódicos malos tener algo bueno. ¿Qué ha de pensarse de esto bueno que tienen alguna vez los periódicos malos? Ha de pensarse que no les hace dejar de ser malos, si es mala su intrínseca naturaleza o doctrina. Antes esto bueno puede, y suele ser añagaza satánica para que se les recomiende, o por lo menos se les disimule, lo malo esencial que traen en sí. No son buenos un ladrón o asesino por más que recen cualquier día un *Ave María* o le den a un pobre una limosna. Malos son a pesar de estas obras buenas, porque es malo el conjunto esencial de sus actos, es mala la tendencia ordinaria de ellos. Y si de lo bueno que hace se sirven para más autorizar su maldad, vie a hacerse malo por su fin, hasta aquello mismo que en sí sería ordinariamente buena.

(Doctrina expuesta por el señor Sardá y Salvany, y aprobada por la Sagrada Congregación del Índice.)

Lo que debe hacerse con el periódico no católico:—Jamás suscribirse, nunca leerlo, y menos permitir que entre en casa; no comprar en los comercios que en él se anuncien; evitar el reclamo no citándole en nuestras conversaciones o escritos; poner en juego nuestras relaciones sociales para restarles suscriptores, lectores y colaboradores; perseguirle ante los tribunales cuando hubiere causa suficiente; finalmente, después de aniquilarlo, aventar sus cenizas.

Cosas del Mundo

Ese que rabia, grita y se exaspera
Pretendiendo tragarse de un mordisco
Desde el fraile menor de San Francisco
Hasta el Padre Guardián de faz severa;

Ese que Jesuitas no tolera,
Ese anticlerical de genio arisco,
Que hablando de bonetes arma un cisco
Y le clava las uñas a cualquiera.

Ese, no bien la muerte se aproxima,
Siente miedo de zorro, tiembla y calla,
La mar de agua bendita se echa encima;
Cuélgase en cada dedo una medalla;
Castañetea los dientes y se arrima
Al primer sacristán que al lado halla.

A. C

Es digno de imitarse

En la diócesis de Arras hay la piadosa costumbre de poner en las esquelas de defunción: «Se ruega a las personas que se contentan con asistir a la conducción del cadáver, que se eviten esa molestia; pues lo que la familia del finado pide y agradecerá es una oración, no un acto de obligada cortesía».

Efectivamente, esto último es lo que deben desear y agradecer los buenos católicos; pues de nada aprovecha al difunto que asistan a su entierro muchas personas, de las cuales, unas van renegando y la inmensa mayoría ocu-

pándose de todo menos de aquél cuyo cadáver acompañan y cuya alma sólo necesita de oraciones.

En algunas naciones se ha establecido también en sufragio de las almas de los difuntos la costumbre de suprimir las coronas de flores de los entierros y enviar en lugar de ellas a la familia del difunto las llamadas *Tarjetas de misas*, escritas en esta forma:

«D..... encargará... misas por el eterno descanso de...»

¡Cuánto más cristiano, práctico y provechoso para las almas de los difuntos, es este modo de expresar el duelo! ¡Ojalá se extendiese por nuestra España y por todo el mundo esta piadosa iniciativa!

Estudios Sociales

LA PORNOGRAFÍA

Es el signo más seguro de la decadencia de los pueblos, el síntoma más evidente de la degeneración de las razas, el indicio más cierto de la baja de los caracteres.

Un país en que la pornografía se desarrolla y vive, es un país miserable, y un hombre que a la pornografía defiende y propaga es un hombre perdido, inútil para las grandes empresas, rémora para las heroicas conquistas, sólo apto para las bochornosas abdicaciones y para las campañas innobles.

Por eso ha llegado nuestra patria al estado lamentable en que la vemos y por eso vanse cada vez tornando más débiles las esperanzas de que entre el inmenso charco de miserias en que vivimos surjan hombres fuertes, vigorosos, abnegados, que la salven y la restituyan a su antiguo poder y a su prosperidad antigua.

La afeminación nos domina, el desaliento nos señorea y el egoísmo nos esclaviza... Y tanto el egoísmo, como el desaliento y la afeminación, efectos son necesarios, consecuencias lógicas son de la pornografía, de esa funestísima plaga que devasta el campo, antes rico y fértil, de las energías y de las virilidades españolas.

Pero no divaguemos... Varias son las clases de pornografía, y entre estas diversas clases no se sabe cual de ellas es la peor, la más criminal... Todas son malas, detestables, pésimas, todas, desde aquella que, por la moda prescrita y por la etiqueta regulada, exhibese en los salones de la aristocracia y en los heimicelos de los grandes Teatros, hasta aquella que, vergonzante y asquerosa, habita los miserables tugurios en íntimo consorcio con el aguardiente y la caña y a ciertas horas de la noche invade las calles y las plazas de las ciudades, pregonando a voz en cuello la venta a bajo precio del pudor y de la vergüenza.

Pero no es mi objeto discurrir hoy acerca de este género de pornografía, abundante, por desgracia, en este querido país nuestro, en esta nación bien amada.

Hoy he de decir algo, haciendo coro a los periodistas de las más diversas ideas, sobre la pornografía de la novela, del libro, del grabado...

Y de esta clase de insana pornografía—hay que confesarlo, aunque ello nos moleste—hállase nuestra patria inundada.

Raro es el periódico que no inserta anuncios pornográficos, detalles pornográficos de esos que dicen crímenes pasionales, folletines pornográficos, reseñas pornográficas de pornográficas obras teatrales.

Esto es lo que a diario se ve en todas partes y entre todas las gentes.

Y, sin embargo, ese periódico visita las casas de personas honradísimas, ese periódico es leído por individuos que se consideran piadosos, ese periódico cae en manos de niños inocentes y de candorosas doncellas, ese periódico suele ser estimado y hasta especialmente recomendado—honda amargura causa el solo pensarlo—por aquellos mismo que por estricto deber de conciencia debieran condenarle y aborrecerlos...

Cuales sean los efectos de estas lecturas nefandas, todos lo saben, nadie lo ignora... El veneno pornográfico, que viene diluido en sus columnas, intoxica el alma del viejo, exalta las pasiones del joven, destruye la inocencia del niño y roba su candor a la doncella.

Piensen, piensen sobre esto los padres de familia, en estos días de incensantes peligros y de continuas tentaciones, tan descuidados y remisos en el cumplimiento de sus deberes, y procuren reformar su conducta y cambiar de táctica... Su honor va en ello interesado.

Y lo que se dice de los periódicos es aplicable a esas noveluchas literarias y sin enjundia, en las cuales sólo el impudor se destaca y a esas revistas de abigarrados colores que por todas sus letras y gráficos rezuman sensualismo y desfachatez...

No cabe ya negarlo... Vivimos en una atmósfera tan corrompida y deletérea, que vivimos de puro milagro, si es que decirse puede que vive aquel que la vida pasa en un continuo e inminente peligro de asfixiarse.

Y, no obstante, las autoridades, que esto saben, que no ignoran que la pornografía que rebaja la condición humana, proporciona habitantes al presidio y pobladores al cementerio, parece como que no se fijan, parece como que nada les importa...

Es necesario atajar las corrientes del mal y romper la ola de cieno que se nos echa encima.